

RELEVANCIA ACTUAL DE SAN PABLO

El año paulino fue una oportunidad para indagar la relevancia y aportación de Pablo para el mundo de hoy y en el actual diálogo entre la fe y la cultura. Pablo no puede quedar relegado en el ámbito de una mera figura histórica arcaica. Este artículo presenta cinco aspectos particularmente actuales de la aportación del Apóstol: 1) En el diálogo con la cultura. 2) En la situación de marginalidad de la fe. 3) En la incompatibilidad de la ley y la fe. 4) En la creación de comunidades creyentes. 5) En la experiencia de Dios.

¿Qué relevancia actual tiene San Pablo? Apuntes para valorar su novedad en nuestro mundo, Cuestiones Teológicas, XXXVI (2009), 99-114

Pablo ha sido un personaje controvertido. En su nombre se han hecho reformas que pretendían devolver a la iglesia sus valores fundacionales; se ha insistido en la centralidad de la gracia; se han activado impulsos misioneros; se han echado nuevas raíces del cristianismo... También en nombre de Pablo se han intentado justificar posturas irreconciliables con las del Pablo histórico. Así, en su nombre se ha relegado a la mujer al silencio; se ha querido justificar el antisemitismo; se ha proscrito el Reino de Dios a favor de pragmatismos serviles o institucionales; se han defendido dualismos imposibles; se han ignorado los procesos históricos de las comunidades... Los intérpretes y supuestos defensores de Pablo a veces nos dan de él una imagen deformada por su propia visión del mundo, de la sociedad y de la iglesia.

No podemos ignorar este peso

del pasado. Nunca nos enfrentamos neutralmente con un personaje pretérito, ya que estamos condicionados tanto por el acervo de interpretaciones que de él se han dado como por nuestros intereses o visiones del futuro. La memoria de Pablo depende fundamentalmente de la lectura de sus cartas (originales o pseudógrafas), que a veces se han leído de un modo fundamentalista buscando una aplicación directa o una respuesta inmediata a cuestiones de cada momento, sin preguntarse por el sentido que tenían para los lectores a los que Pablo se dirigía. Habrá que recordar que *Dei Verbum* afirma que en la interpretación de la biblia “se ha de investigar con atención lo que los hagiógrafos pretendieron realmente expresar, y lo que Dios quiso manifestar por medio de sus palabras” (n. 2).

Esto implica que el exegeta o el lector de las cartas de Pablo ha

de interpretarlas teniendo en cuenta varios datos: 1) El *corpus paulinum* consta de 14 escritos que en realidad pertenecen a tres generaciones de creyentes (desde los años 50 a los inicios del siglo II). 2) Cada una de las cartas tiene su propio contexto, situación y estrategia o intención. 3) No todo lo que Pablo dice ha de valorarse del mis-

mo modo, ya que puede haber textos que expresen aspectos fundamentales e irrenunciables, mientras que otros pueden ser relativos a determinados momentos o estrategias concretas. Para descubrir la actualidad y relevancia actual de Pablo hay que tener en cuenta todos estos aspectos.

EL DIÁLOGO CON LA CULTURA Y EL VALOR DE LAS SUBCULTURAS UNDERGROUND

La fe cristiana no es una cultura, pero ha de expresarse en las culturas. Y esta tarea no está reservada a una élite en la iglesia, sino que todo creyente vive y expresa su experiencia de Dios con las claves de su cultura. Si la fe es presentada a alguien en formas y valores diferentes de los de su propia cultura, o bien la fe le resultará irrelevante, o llegará a inculturarse en la nueva cultura. Cuando la fe cristiana se transmitía en un contexto de cristiandad, fe y cultura se sostenían mutuamente. En un contexto secularizado como el actual esta relación se resquebraja.

Dos ejemplos: crisis de la familia y europeización

Un ejemplo lo tenemos en la llamada “crisis de la familia”: algunos se empeñan en mostrar que la crisis del modelo tradicional de familia (por ejemplo, con la ley de matrimonios homosexuales) afec-

ta decisivamente a la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. Este análisis simplista ignora cómo la transmisión de la fe ha ido encontrando en cada época los mejores modos de expresarse; y, en consecuencia, la fe podrá expresarse también con otros modelos de familia, otros valores culturales, conceptos antropológicos, categorías filosóficas, etc. No estamos ante una crisis de la transmisión de la fe, sino ante una crisis de los modelos tradicionales de transmisión de la fe. Distinguir ambos aspectos es fundamental.

Otro ejemplo: la europeización, con la añoranza del modelo de cristiandad. Aunque hoy la mayoría de creyentes ya no está en Europa, sino en la periferia (América Latina, Asia, África), la iglesia sigue dominada por un modelo de cristiandad europeo, conservando, por ejemplo, formas de organización y gobierno propias del Medioevo, con representantes que conservan trazos de señores feudales, etc. La

añoranza del modelo de cristianidad se expresa, por ejemplo, en signos como la recuperación de rúbricas y lenguas muertas en la liturgia, la condescendencia con grupos ultraconservadores y negacionistas (en contraste con la dureza con grupos abiertos a otras culturas y religiones), la preocupación más por la ética sexual que por la económica, la producción de un catecismo universal, las imágenes y lenguajes eclesiásticos alejados de la vida cotidiana, la vinculación de las autoridades eclesiásticas con determinados partidos políticos... Todo esto puede reflejar la incapacidad de contactar con las nuevas culturas, de actualizar los modos de ser cristiano hoy y de ser significativos en nuestro entorno.

Claves paulinas

Aunque Pablo vivió una situación muy diferente de la nuestra, puede ofrecernos claves útiles para encarar estos problemas. Pablo se atrevió a entrar en diálogo, a crear, a traducir, a actualizar el evangelio en una cultura nueva. Asumió claves, lenguajes, formas nuevas. Negoció con la cultura greco-romana, dio respuestas a las situaciones y cedió para lograr un futuro.

Un ejemplo: para insertarse en el mundo greco-romano, Pablo presentó el cristianismo como un nuevo “culto”, es decir como un movimiento integrador que intenta trasladarse a otro sistema cultu-

ral ofreciendo una nueva visión simbólica del mundo; en cambio, los cristianos de Palestina mantuvieron el estatuto de “secta” o movimiento cismático dentro de un sistema establecido que compartiría la visión simbólica del mundo. Ambos modelos nos sugieren posibles actitudes diferentes ante las tensiones que surgen entre el contexto social y los grupos que ofrecen propuestas distintas de las de la cultura hegemónica. Pablo pretendía anunciar el evangelio en el mundo greco-romano más allá de las fronteras étnicas, culturales y religiosas de Israel: era consciente de las diferencias culturales y religiosas, pero supo elaborar una síntesis entre el evangelio y la visión del mundo de la cultura anfitriona, mostrando la validez de las aportaciones del evangelio. (cf. por ejemplo, cómo afronta Pablo los problemas de la vida social en Corinto según 1Co 8, 1-13; 10, 1-33; 15, 1-58, etc.).

Esto no supuso una simple asimilación, ya que Pablo mantuvo una identidad marginal inconfundible. Algunos han criticado a Pablo porque, al anunciar la anulación de diferencias étnicas, sociales o de género (“ya no hay judío ni griego, esclavo o libre, hombre o mujer: todos sois uno en Jesucristo”, Ga 3, 28) y proponer una moral elevada a la mayoría de los creyentes (que venían de estratos socialmente despreciados), habría hecho que la iglesia adoptase una identidad equivalente a la de la cultura hegemónica. Pero la realidad

fue más compleja: Pablo procuró que en las comunidades quedase reflejado el misterio de la cruz, lo cual llevaba a valorar elementos negativos que mantenían una identidad propia. Los grupos de creyentes que él creó fueron de hecho marginales y clandestinos (diríamos ahora, *underground*), marcados por inequívocos signos contraculturales.

Por mi parte, pienso que las actuales culturas *underground* podrían ayudarnos a recuperar algo de la perspectiva de Pablo, para descubrir elementos de máxima relevancia para la identidad del cristiano de hoy. Las culturas *underground* nos hablan de las insatisfacciones de mucha gente, especialmente de los jóvenes, que captan las manipulaciones y trampas de una forma de vida perversa que exige el cumplimiento de metas sociales imposibles, arrastra a un ritmo de consumo exte-

nuante, obliga a pasar por encima de los demás vistos como competidores, ahoga en el fracaso a los que no las alcanzan, etc. Los creyentes tendemos a asumir esta cultura hegemónica, o a mirar para otro lado. Las congregaciones religiosas y diócesis buscan vocaciones más bien entre los “satisfechos” que no cuestionan la cultura ni las estructuras dominantes, en un intento de supervivencia comprensible, pero no aceptable, ya que puede llevar a una pérdida de mayor significatividad y relevancia, y a relegar el evangelio a las sacristías (como muchos deseaban). ¿No podremos esperar que, como en tiempos de Pablo, el cristianismo se renueve por los insatisfechos provenientes de los márgenes culturales y sociales? ¿No nos recuerda Pablo que los creyentes en su actitud social han de tener unos horizontes coherentes con el evangelio de Jesús?

APRENDER A VIVIR EN LA FRONTERA

El lugar de Pablo en el cristianismo primitivo no fue centrado o de consenso, sino que fue más bien escurado. Sus ideas y opciones no fueron aceptadas por todos, sino más bien al revés. Al iniciar su misión independiente tras el conflicto de Antioquia (cf. Ga 2, 11-14), se desencadenó una “persecución” por parte de sectores radicales opuestos (cf. Ga 5, 10; 6, 12-13; 2Co 12, 11...). Sus enfrentamientos con los otros apóstoles, y también

sus propias ambigüedades y contradicciones, manifiestan la inestabilidad del momento creativo. Sus luchas en defensa de sus intuiciones reflejan la resistencia a asumir la novedad. Más allá de una repetición actualizada, Pablo muestra creatividad: no quiere ofrecer un manual de pautas válidas para todos tiempos y lugares, sino que, bajo la capacidad creadora del Espíritu, asume la necesidad de insertarse en un mundo

complejo (cf. 1Co 5, 9-10), con la mirada puesta en el futuro.

¿Fe sí, Iglesia no?

Ejemplo de esto puede ser la pregunta latente en la asamblea de Jerusalén (cf. Ga 2, 1-11; Hch 15, 1-35): ¿basta la fe en Cristo, o hay que ser también judío circuncidado? Pablo, que fue siempre judío, afirmó lo primero. Lo que esto supuso para Pablo sólo él lo sabe; pero podemos imaginarlo si nos formulamos la pregunta del siguiente modo: ¿Puede una persona creer en Cristo sin pertenecer a la iglesia (a ninguna iglesia)? No digo que Pablo respondiera sin más que sí a esta pregunta, ya que para él la *ekklesia* representaba la realidad socio-teológica de los nuevos creyentes. Sin embargo, para nosotros, creyentes del siglo XXI que conocemos el proceso de institucionalización que ha sufrido la iglesia, esta pregunta nos puede acercar a lo que Pablo debió de experimentar en su proceso de superación de las instituciones judías, que no respondían ya a su propia experiencia del Dios de la cruz. Esto nos ha de llevar a reflexionar sobre los modos como el cristianismo se ha ido adaptando a lenguajes y modelos culturales para expresar y transmitir la genuina experiencia del Dios de Jesús; cuáles

tienen todavía actualidad y cuáles ya no; qué modos de ser iglesia responden a una mera defensa de estructuras pasadas, y cuáles pueden ayudar a traducir el evangelio a nuevos lenguajes. ¿No puede suceder que caigamos en el error de utilizar los nuevos medios de comunicación (radio, televisión, internet...) para transmitir un mensaje que realmente no se ha traducido al lenguaje y a la cultura de los destinatarios?

Finalmente, podemos contrastar la marginalidad y minoridad de Pablo con su indudable éxito misionero. El crecimiento y continuidad de sus comunidades muestra el acierto de un hombre que supo contrarrestar las fuerzas divergentes sin ahogar la potencialidad creativa de su singularidad. Su carácter marginal, tanto en el mundo greco-romano como en el conjunto del cristianismo primitivo, actuó como una revulsión creativa para la primera generación de seguidores de Jesús. Esto debería llevar a los cristianos de hoy a no desfallecer ante las apariencias de debilidad, minoridad o imposibilidad que atenazan a muchos en el anuncio del Reino (que es de Dios, y no de los creyentes ni de la iglesia). Y quizás nos ayude a descubrir las ventajas que estos tiempos pueden conllevar: purificación, aligeramiento, profundización, reestructuración, etc.

LA INCOMPATIBILIDAD ENTRE LA LEY Y LA FE: CONSECUENCIAS PARA LA ÉTICA ECLESIAL ACTUAL

Pablo llegó a creer en el Crucificado en contradicción expresa con su propia tradición, sus valores morales, su horizonte vital... La fe fue un acontecimiento absolutamente gratuito verificado en la novedad y en la imposibilidad de darle cabida institucional. Éste hubo de ser uno de los dramas más agudos de la experiencia personal de Pablo: su experiencia de Dios desbordó de tal manera los moldes institucionales en los que se había cultivado, que se vio forzado a salirse de ellos y a crear otros nuevos. Un ejemplo sería su relación con la ley judía, que era el vehículo por antonomasia para llevar al creyente a Dios. A Pablo este camino de acceso a Dios se le desvaneció, precisamente cuando estaba más convencido de su validez. Pues bien, ¿tiene sentido hablar hoy de la ley como acceso a Dios?

Las personas que se han formado en ámbitos tradicionales seguramente podrán constatar el peso que la moral o exigencia ética de cumplimiento o compromiso han tenido como camino de acceso a Dios. Y es probable que en la actual crisis de valores surjan reacciones, comprensibles pero rechazables, que promueven la vuelta a la situación de cristiandad en la que la ley y la moral tenían lugar de privilegio. Pero la ley en nuestro mundo no es sólo moral o religiosa. Tiene también un sentido de exigencia o dependencia externa:

la moda, la imagen, las convenciones y metas sociales, la competitividad y el bienestar, los modelos de vida, las instituciones y estructuras de pertenencia... Todo esto puede constituir una ley que impulse al individuo, quizás inconscientemente, a vivir de un modo determinado. Muchos jóvenes no han vivido la época en que se mediaticaba la relación con Dios por el cumplimiento o compromiso, pero viven de hecho como esclavos de otras muchas leyes que prometen bienestar, felicidad, éxito... que nunca llega. De este género sería la experiencia que tuvo Pablo con la Ley, hasta que logró superarla.

La fe radical de Pablo

Quizá Pablo pueda ayudarnos hoy a redescubrir la radicalidad de la experiencia de la fe, desprendida de condicionantes que nos hagan pensar que ella depende de nosotros. Quizás es tiempo de insistir en que la experiencia del Dios de Jesús es incompatible con cualquier voluntarioso empeño nuestro de alcanzar a Dios para atraparlo, domesticarlo y ganarlo para nuestra causa. Pablo nos alerta de que cualquier empeño, exigencia o cumplimiento que no nazca del encuentro con el Dios revelado en la cruz surge del deseo de ser como Dios y es idolatría. De ahí la importancia de la radicalidad de la

fe: si no insistimos en que ésta no puede ser mediada por la ley (o por la tradición, la moral, la institución, la imagen...) nunca estaremos seguros de su autenticidad. Es necesario plantearla descarnada, radical, incondicional..., sin ningún tipo de condicionante institucional, ético, religioso... Luego, tras esta experiencia, ya vendrá lo demás; para poner límites, normas, fronteras siempre hay tiempo. Por el

miedo a disolver las fronteras de la identidad cristiana, ¿se va a impedir que otros conozcan y experimenten a Dios y reciban la buena noticia? Esto es por lo que luchó Pablo en los inicios del cristianismo. Pues bien, ¿cómo hacer que la fe sea verdaderamente don, regalo? ¿Cómo orientar nuestra vida y nuestro anuncio del evangelio de manera que se haga viva la radicalidad de esta experiencia?

LA CREACIÓN DE COMUNIDADES

Creando comunidades Pablo expresaba la otra cara de la experiencia de la fe, que no consiste en aceptar un conjunto de creencias, sino en asumir actitudes, comportamientos, celebraciones rituales, representaciones y símbolos... que construyen y reflejan las creencias. Un ejemplo podría ser la creación de la *ekklesia* tal como se presenta en 1Co 8, 1-3: no es la doctrina o la ortodoxia lo que mantiene la comunidad, sino el testimonio de Dios descubierto en la cruz, la transparencia personal y comunitaria de este Dios. Para Pablo, el testimonio es más importante que el mensaje; la actitud, más que la ortodoxia teológica. En tiempos de crisis como los actuales se corre el peligro de insistir demasiado en los signos de identidad dogmáticos, relegando los testimoniales. El evangelio se experimenta, se anuncia y se transmite mucho más por lo que vivimos que por los enunciados que proclamamos.

Esto requiere prestar atención a los procesos históricos de personas y comunidades. Consolidar la construcción paulina, la *ekklesia*, costó varias generaciones, cada una con sus propias dificultades y problemas. El canon del NT refleja este proceso, y el *corpus* paulino constituye un luminoso ejemplo del mismo. Contemplar el NT en general, y las cartas de Pablo en particular, como memoria del proceso histórico de aquellos creyentes para descubrir la revelación de Dios, podría ser la mejor manera de descubrirla también hoy.

Objetivo y estrategia de Pablo

Aunque Pablo se dedicó mayormente a la construcción de la *ekklesia*, no era éste su objetivo, sino más bien su estrategia. Su verdadero objetivo era el anuncio de “su evangelio”, a saber el signifi-

cado salvífico de la muerte y resurrección de Jesús (cf. Rm 1, 16-17), en la perspectiva de la *parousia* inminente del Señor. Las comunidades que él creó eran fruto del evangelio y estaban a su servicio. La “mirada procesal” ayuda a percibir la evolución que se da en las comunidades cuando, tras la muerte de Pablo a inicios o mediados de los años 60, algunos de sus colaboradores asumen la tarea de extender y actualizar su tradición y escriben algunas cartas bajo su nombre: es así como la iglesia evoluciona y se presenta, no sólo como fruto del evangelio y transición al Reino de Dios (1Co 15, 24-50), sino como plenitud de Cristo que se funde con el anuncio del evangelio (Ef 1, 23).

Me pregunto si no se supedita a veces el anuncio del evangelio al respeto a determinadas concreciones propias de la situación institucional de la iglesia actual. Los diálogos que tuvieron lugar en el Sínodo sobre la Palabra de Dios (2009) sobre el lugar del magisterio y la relación entre escritura y tradición en la interpretación de la Palabra de Dios, así como la insistencia en la imagen del la “iglesia maestra” (frente a la “iglesia discípula” del documento de Aparecida) pienso que reflejan las dificultades para encontrar modos adecuados de anuncio del evangelio. Si se subraya en exceso la autoridad de la tradición frente a la de la escritura se puede ahogar el espíritu de la encarnación y de la revelación de Dios más allá de las

estructuras religiosas que habría que reformar.

Las estrategias de Pablo en la formación de la *ekklesia* probablemente no han perdido actualidad. Primero, creó comunidades con una fuerte vinculación interna; luego, utilizó un lenguaje afectivo y familiar con una intensidad y continuidad que nadie había usado hasta entonces. Esto provocó que muchos creyentes fueran re-socializados dentro de una nueva familia que relativizaba sus lazos anteriores. En segundo lugar, Pablo cuidó la composición plural de sus comunidades, que integraban personas de diferente posición social, procedencia étnica, género, etc. Esta pluralidad venía completada con el sentido de pertenencia a una asamblea que saltaba más allá de las fronteras de la casa o de la ciudad para constituir la *ekklesia* de los que en cualquier lugar confesaban al Señor (cf. 1Co 1, 2). En tercer lugar, Pablo aplicaba el principio de la igualdad de todos en Cristo: “ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer...” (Ga 3, 28); y para ello Pablo tuvo que tratar con más honor y cuidado a los miembros más débiles, dándoles unas posibilidades sociales y religiosas absolutamente inéditas (cf. 1Co 1, 26-27; 7, 22; 11, 4; 12, 22-23, etc.).

La creación de comunidades por obra de Pablo es un particular testimonio del poder de la cruz: las comunidades han de reflejar, como si de un espejo se tratara, al Dios de Jesús descubierto en la cruz. Por

ello Pablo insiste en que la composición de la *ekklesia* ha de ser inversa a la predominante (cf. 1Co 1, 26-31); la organización interna ha de ser también distinta (cf. 1Co 12, 12-27); los valores son contrapuestos a los hegemónicos (cf. 2Co 8, 9, 12, 9-10). Estos criterios, desaconsejables para cualquier grupo humano, para Pablo reflejaban la cruz. Este fue el aspecto valorado

por encima de cualquier otra característica social, porque el testimonio ofrecido de este modo, aunque pareciera necio e insano, transparentaba lo que realmente eran: anunciadoras del Dios de la cruz que nos salva. ¿Nuestras estructuras eclesiales fomentan, o al menos permiten, este testimonio? ¿No son más bien pragmáticas y alejadas de esta idea de Dios?

RELEVANCIA Y ACTUALIDAD DE LA EXPERIENCIA Y DEL PENSAMIENTO DE PABLO

Considero que este último punto es el más importante para la actualidad y relevancia de Pablo hoy. Se trata de algo enormemente complicado, ya que la pretensión de entender y explicar la experiencia de alguien que no nos ha dejado más que alusiones vagas resulta utópica. No obstante, podemos sospechar con bastante aproximación que su vocación consistió en un cambio en la forma de mirar las cosas. Para Pablo, ser creyente parece girar en torno a la mirada, al modo como miramos a Dios, al Crucificado, al mundo, a la persona... En su vocación Pablo descubrió una nueva manera de mirar, y ésta es, probablemente, la mayor aportación de Pablo. Voy a centrarme en tres aspectos de esta experiencia: la nueva mirada al Crucificado; la nueva mirada al Dios que se revela en el Crucificado; la nueva mirada a la persona que de ahí se desprende.

Uno de los problemas más di-

fíciles que hubo de afrontar el cristianismo primitivo fue el de encontrar sentido a la cruz, a la muerte vergonzosa y humillante de Jesús. Cómo explicar que el Mesías de Dios aparece como un maldito y abandonado de Dios (cf. Dt 2, 22-23; Sl 22,2; Mc 15, 34; Ga 3, 13). En definitiva, cómo interpretar la muerte infame de Jesús. Hubo varias interpretaciones. Una de las más extendidas fue la interpretación sacrificial: la sangre de Jesús, al modo del sacrificio de expiación del *Yom Kippur*, alcanzaba el perdón de los pecados. Sin embargo, no fue ésta la única interpretación: Pablo, exponente de la tradición helenista (aunque distanciándose de ella), dio una interpretación original y novedosa.

Nueva mirada al Crucificado

A partir de la interpretación

que los helenistas hacían de la muerte de Jesús siguiendo la tradición del Siervo de Jahvé (cf. Is 53, 3-4), Pablo considera la cruz, no como la condena de Dios a aquel Crucificado, sino como la forma en que Jesús nos dice cómo es Dios. Jesús se autoentregó hasta el final porque Dios había actuado así con Él. Jesús renunció a su propio beneficio y no retuvo ávidamente su vida (cf. Flp 2, 6) porque Dios se la había dado toda sin restricción ni condición. Jesús, en definitiva, revela quién es Dios imitándole totalmente en la cruz (cf. 1Co 2, 1; Rm 1, 16). Pablo comprendió que no había otra manera de mostrar toda la verdad de Dios: cualquier otra palabra, signo o gesto hubiera sido insuficiente.

Pablo descubrió así un nuevo modo de relacionarse con Dios: no como Adán que quiso exaltar su propio yo haciéndose Dios, sino como Jesús, que buscó exaltar a Dios poniéndole en el centro, mediante la sumisión del propio yo. Pablo sabía que todos somos en este punto como Adán: pertenece a la naturaleza humana la codicia de querer ser como Dios, de dominar a Dios. En la cruz se halla un nuevo modo de mirar que descubre en lo más despreciado la verdad de la vida, a saber, que nuestra mirada está contaminada con nuestro deseo de ser como dioses. Este nuevo modo de mirar reconcilia a Pablo con su verdad y a cada uno con la verdad de sí mismo. Pablo nos permite recuperar la pasión del acontecimiento de la cruz, nos

ayuda a contemplar el rostro de Dios que ahí se descubre así como la transformación personal que esto comporta.

Nueva mirada a Dios

Dios es como Jesús en la cruz: un Dios que se vacía sin reserva y sin pedir nada a cambio. Pablo lo expresa así: “La prueba de que Dios nos ama es que, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros” (Rm 5, 8; cf. Ga 2, 19-21). Dios ha tomado la iniciativa de no exigir ninguna condición para acoger y querer a cada uno; y el modo de hacer esto evidente es mostrar cómo Dios ama al que no ha hecho ningún esfuerzo por ser bueno. El rostro de Dios que se descubre en la cruz da a la existencia un nuevo horizonte basado en la libertad de sentirse gratuitamente amado.

Esto llevará a Pablo a plantear una ineludible y continua purificación de la imagen de Dios. Dios no aparece como proyección de los deseos de Pablo o de ningún creyente, porque la cruz es lo más lejano del deseo: es detestable. El Dios de la cruz es el dios incontrolable, inatrapable, que custodia celosamente su libertad para poder ser gratuitamente amoroso (cf. Rm 9, 6-13).

Nueva mirada a la persona

De ahí se seguirá para Pablo

una experiencia de transformación personal que se traducirá en una nueva forma de mirarse a sí mismo aun en su corporalidad. Pablo partía de una mirada negativa al cuerpo, precisamente porque le ataba a aquello que le alejaba de Dios (la codicia y el deseo de ser como Dios, a la manera de Adán). El regalo gratuito del Espíritu le permite a Pablo verse en su cuerpo con los ojos de Dios. Pablo se reconcilia consigo mismo, con su cuerpo porque el Dios de la cruz no ha rechazado su cuerpo ni su codicia, sino que lo ha acogido todo (Rm 5, 8) convirtiéndole en hijo y dándole la libertad que no tenía (cf. Ga 4, 6; 5, 1).

Pablo recupera así la bondad del cuerpo más allá de sus tendencias codiciosas (la “carne”) y más allá de los dualismos (cuerpo/espíritu). La mirada de Dios que ha acogido y querido su cuerpo -la totalidad de su persona- lo ha transformado: la mirada amorosa de Dios le ha dado un nuevo sentido. Ha conocido a Dios y cómo actúa en el Crucificado; ha descubierto cómo Dios le mira a él y ama lo que él creía despreciable en sí mismo. Saberse amado le permite mirarse de modo nuevo y descubrir lo que él no había visto, pero Dios le revela de sí mismo: puede amarse y amar, puede imitar a Dios.

Nueva mirada a la realidad

Esto desencadenará una obra misionera cuyo objeto será anun-

ciar esa buena noticia y congregar en la *ekklesia* a los que acepten a ese Dios. El surgimiento de esas comunidades se convertirá en la prueba de que, efectivamente, la fe en ese Dios es verdadera. Por eso la ética paulina será la imitación de Dios: actuar reflejando la imagen de Dios descubierta en la cruz (autoentrega); una ética basada más en el don que en el compromiso, sin que se trate de una cuestión individual, sino que está orientada a la *ekklesia* y está mediada por ella (cf. 1Co 6, 12-20; 12, 12-27). Pablo no diseña una ética o moral como un sistema coherente de proceder, sino que plantea una única norma marco: la solidaridad comunitaria, o la cohesión como construcción de la comunidad (cf. 1Co 8, 1-3).

Esta *ekklesia* será el nuevo Israel de Dios, la reconstrucción de la identidad judía de acuerdo con el alcance universal del acontecimiento de la cruz. Pablo desarrolla así una nueva idea de Israel a partir de imagen de Dios descubierta en la cruz: la salvación ofrecida por Dios no distingue pueblos, razas o religiones. Se trata de una universalidad basada en la igualdad ante Dios, no ante una voluntad de igualitarismo, cosa que evitará cualquier intento de controlar o manipular los mecanismos de identidad.

La situación actual de difícil diálogo entre la fe y la cultura en el contexto europeo tiene muchas analogías con la situación de minoridad e irrelevancia de Pablo. Pero la experiencia de Pablo es de

actualidad permanente; sobre todo, su intento, expresado en la carta a los romanos, de liderar un proceso para depurar la imagen de Dios. Éste podría ser el mejor fruto del año paulino: que nos tomáramos en serio en la iglesia, antes de ningún intento de anunciar el

evangelio, la llamada de Pablo a dejar que Dios sea Dios, aceptando un modo de ser de Dios que va contra nuestras fibras más íntimas. Es decir, renunciar a los mecanismos sutiles o inconscientes por los que codiciamos dominar, o acaso reemplazar, a Dios.

CONCLUSIONES

Pablo estableció un original diálogo con su mundo cultural, cosa que provocó, lógicamente, nuevos y complejos problemas. Las soluciones que planteó surgen de su carisma. Los enfrentamientos con otros apóstoles revelan la originalidad y la amenaza de lo nuevo. Sus ambigüedades y contradicciones descubren la inestabilidad del momento creativo. La continuidad de sus comunidades confirma el acierto de un hombre que supo contrarrestar el efecto negativo de las fuerzas divergentes sin ahogar la novedad creativa de las mismas. Su carácter marginal, tanto en el mundo greco-romano como en el conjunto del cristianismo primitivo, fue un revulsivo para la primera generación de seguidores de Jesús.

Él fue más allá de una mera repetición actualizada: fue genuinamente creativo. Su preocupación no fue la de ofrecer un manual pa-

ra la vida cristiana, a modo de pautas prácticas para todos los tiempos y lugares. Intuyó la necesidad de insertarse, con la capacidad creadora del Espíritu, en un mundo complejo, con la mirada puesta en el futuro.

Recuperar hoy a Pablo es un reto y una necesidad para hacer de nuevo relevante el evangelio, en un mundo en el que las categorías religiosas en las que solía expresarse han dejado de ser significativas, y en el que hay que recuperar la pasión por la cruz, la fuerza que brota de la conciencia de constatar que, siendo nosotros malos, Dios nos sigue amando sin reparo. Una lectura que tenga en cuenta el contexto de las cartas y los procesos históricos que siguieron las comunidades paulinas puede indicarnos la manera de lograr estos objetivos, sin pretender repeticiones anacrónicas.

Condensó: JOSEP VIVES